



Nieves con sus dos nietos falleros de tres años en su casa del Ciudad del Artista Fallero. / MÓNICA TORRES

Un espacio para gitanos y payos

Los calós de la Ciudad Fallera se sienten especialmente vinculados a la fiesta

N JOAN M. OLEAQUE o sólo como una cierta manera de significarse, sino también como estrategia para protegerse de malos modos, de racismo y sentimiento de inferioridad, el pueblo caló ha optado por considerar muchas actividades y celebraciones características de la sociedad mayoritaria como algo ajeno, "poco gitano". En cambio, nunca acabó de suceder eso con las Fallas. "Es cierto que la gente muy mayor sí ha podido ver las comisiones falleras como algo estrictamente payo", explica Nieves, gitana de 51 años a quien su padre nunca le dejó pertenecer a una de estas comisiones, "aunque hace mucho que esto no es así". Nieves, junto a más de cincuenta familias gitanas, vive en el barrio valenciano de Ciudad Fallera —o del Artista Fallero—, donde los artesanos de los monumentos tienen sus talleres. La falla de este barrio ha servido de escenario de aproximación entre payos y gitanos. Según Nieves, a veces estas fiestas, vi-

vidas desde la calle, desde la traca, desde la juerga alrededor del monumento y dentro del casal, pueden favorecer la integración. Para ella, componen un tiempo y un espacio en los que gitanos y payos sólo son falleros, "sin más diferencia ni complicación".

Su nuera, Milagros, de 23 años, fallera desde muy joven, explica

Los actos de la falla acercan a ambas razas "sin más diferencia ni compilación"

que payos y gitanos allí se saludan, no hay mala convivencia, pero tampoco se da una relación muy estrecha. En fiestas, en cambio, ella considera que unos y otros, en los actos de la falla, se sienten más cerca por compartir la alegría de celebrar algo que les gusta. Incluso durante tres años seguidos, el concurso de paellas de la falla lo ganó un gita-

no. "La verdad es que los gitanos nos acercamos a las Fallas por nuestros niños, que son los que de verdad disfrutan", explica Nieves. Sus dos nietos de tres años son falleros. Otra nieta suya también lo es. Su hijo, que ahora tiene 25 años, lo ha sido desde que tenía tres.

Nieves, que conoce a todas las familias gitanas del barrio y está

En la Ciudad Fallera la fiesta no es algo gitano o poco gitano, sino algo muy valenciano

emparentada con una parte representativa de ellas, cree que unos 25 de sus miembros son falleros. Esto no es, ni mucho menos, lo habitual en otros barrios y pueblos. Milagros, su nuera, comenta que en Torrente la localidad de L'Horta de la que es oriunda, sólo sus padres y ella eran falleros entre los muchos gitanos que vivían allí. "Quedába-

mos muy raros, ésa es la verdad", explica. "Pero en La Fallera", continúa, "vivir la fiesta, no se ve como algo gitano, ni tampoco como algo poco gitano, se ve como algo valenciano, algo del sitio en el que naces o vives, y del que formas parte". Por eso, lo que más le ha gustado siempre a Milagros es llevar el ramo a la Virgen, porque cree en ella

Desde 1957 los calós se fueron implantando en la zona y las Fallas les ligaron más al barrio

"es algo muy de Valencia". ¿Quizá el entorno de este barrio, tan unido a los monumentos, es lo que ha fomentado una participación normalizada de calós en los distintos actos festivos? "Puede que, como las Fallas forman parte del barrio desde siempre, el gitano de aquí las considere algo tan propio como ir a comprar el pan", ex-

plica Nieves, quien piensa que también tiene que ver con la larga tradición de presencia caló de la zona: "Las Fallas y nosotros estamos unidos aquí a través de generaciones, compartimos el paisaje y el terreno desde antiguo".

Ella, de padres catalanes y criada en Madrid, vive en La Fallera desde hace 33 años. La primera familia que vino aquí fue la de su marido. "Entonces no era zona de calós, se ha ido convirtiendo en eso con el tiempo", narra. Antes de la de 1957 la mayoría de los gitanos valencianos vivían en el barrio del Carmen, pero cogieron miedo y se trasladaron, "buscando un sitio humilde, que tuviera precios accesibles". Lo encontraron. "Durante tiempo, los gitanos de La Fallera vivían de alquiler", recuerda, "hasta que pudieron reunir dinero y comprar pisos". Esto fue un paso importante porque los ligaba más a la zona. "Se establecía una especie de pertenencia", considera, "y con ello se hacía una señal a otros gitanos que indicaba: aquí uno puede establecerse bien". De hecho, poco a poco, fueron llegando gitanos de otros barrios, de pueblos como Xirivella, "y hasta de Teruel, aunque son los menos, la mayoría de los calós de aquí son valencianos".

"La Fallera", continúa, "y los calós que viven en ella, tiene buen nombre entre el total de nuestro pueblo, y muchos hijos de gitanos de otros puntos se han casado con chicas o chicos de esta zona, y eso ha favorecido que, junto a ellos, sus padres también acaben trasladándose". "De hecho", añade, "si buscas y rebuscas en la historia que nos liga a este barrio, comprobarás que buena parte de los que vivimos aquí pertenecemos al mismo linaje original: una familia muy larga que se dividió en muchas a través de las décadas y que luego, a través del tiempo y de matrimonios, se ha vuelto a reencontrar".

Y antes, como ahora, una constante: "En los primeros recuerdos de los gitanos que vivimos en este barrio desde antiguo ya aparecen las Fallas, son como algo que nos liga más a este espacio", reflexiona, "y en mis recuerdos ya aparecen como un elemento de acercamiento con los payos humildes que desde el principio poblaban el barrio". La gente oriunda de Valencia, la gente que ha nacido y ha hecho su vida en La Fallera "es ahora, con diferencia, la que más abierta se muestra con el gitano del barrio", valora. "En cambio", añade "muchos de los vecinos no valencianos, gente que ha ido llegando a la zona en los últimos tiempos, se muestran bastante más reticentes, se comportan más cerrados con nosotros". "Pero, bueno, en Fallas se nota menos", concluye.

Milagros, que ve su apego a las Fallas casi como un aspecto puramente cotidiano de su condición de mujer gitana, ha conocido a jóvenes matrimonios payos del barrio sobre todo a través de la fiesta. "Mi marido se hizo amigos payos en la falla y en la época del colegio, y, como hace tiempo que ya no estudia, ahora es la falla lo que hace que mantenga buen trato con ellos".

"Nosotros", dice, "salimos con nuestros primos y nos vemos con los nuestros en las bodas, en los bautizos y en las peticiones de mano". "Entonces, es en Fallas una de las ocasio-

De generación en generación

nes en que más podemos estar con gente distinta a la habitual", afirma. "Nuestros hijos", continúa, "cuando crezcan, seguramente también vivirán la falla como una manera de estar con conocidos no gitanos". "En la familia de mi marido", añade, "esto es normal, casi como una tradición, y no tiene por qué romperse: enseña a estar unos con otros, a conocer al vecino que tienes enfrente". "A mí también me

parece que es bueno", dice Paco, de 30 años, que no es fallero pero que ya ha hecho fallero a su hijo primogénito, de pocos años, "porque como en estas fiestas todo el mundo está contento, lo que se transmite es lo mejor, la impresión que te queda del vecino es buena, aunque sepas que fuera de la falla el otro no sea así".

"Además", insiste "a los padres payos y calós nos gusta ver bien guapos a nuestros hi-

jos, verlos vestidos de fiesta, ahí nos parecemos todos, y, en el caso de que no tengamos más temas de qué hablar, eso siempre te acerca", opina. No obstante, confirma que la situación de los gitanos en La Ciudad Fallera "no es común". "En otros barrio de calós hasta se nos ve un poco raros, pero, aquí nos gusta hasta demasiado la traca y los monumentos", añade. Aunque, en opinión de Milagros, "ya está bien que sea así, si te encuentras al lado de alguien mientras celebras estas fiestas, casi que es una obligación llevarte bien con él".